

TEXTOS LITERÁRIOS

LOS PAJAROS DEL ARBOL COSMICO

ALÍCIA ORLANDO

Los que se asombren de que un simbolismo formal pueda no sólo permanecer vivo durante milenios, sino también retornar a la vida después de una interrupción de miles de años, debería recordar que el poder del mundo espiritual del que forma parte el símbolo, es eterno. (Walter Andrae)

Anochece, a estas horas la playa suele estar llena de bañistas, hoy sólo quedan rezagados.

El vendedor de cometas ha dejado sus pájaros de papel en la orilla y se ha puesto a levantar algo así como un pino de arena.

Lucas el faveleiro, con el torso desnudo tostado por el sol, lo mira. Cree haberlo visto en otra parte. Por mirarlo, olvidó pedir limosna. Cuando Mateo vuelva exigirá el pago del lugar alquilado para mendigar. Pero... ¡qué puede pasar!, lo de todos los días, pelear, revolcarse, algún golpe fuerte y... lo de todos los días.

Terminada su obra, el hombre pasa la mano por la superficie produciendo una lluvia de luz.

Lucas trastornado por esa alteración del orden natural, siente la felicidad de estar vivo y no perder nada del milagroso instante. Deseoso de compartir lo que ve, mira a todos lados. Advierte la presencia de João subido sobre el cajón de lustrar zapatos y va a su encuentro. El hombre sin levantar la vista dice: – Por que vocês estão ali na escuridão? Venham aqui.

João tímido e indeciso mira a Lucas de soslayo, éste da el visto bueno con la cabeza.

El hombre les hace ver otras cosas. Titila su figura cuando saca una estrellita de la rama del árbol.

Los rapazes quieren alcanzarla pero la estrella se desvanece. El hombre les da una segunda estrella.

Forcejean y João encierra la masa gaseosa en su mano. Sale corriendo por la vereda filigranada; al cruzar tropieza con Mateo que venía eludiendo la persecución policial, ¡y lo consigue el muy astuto! El sudor brilla en su pel oscura. Empuja a João, tironea de sus ropas y ríe desahogado.

João simula una sonrisa sin destino, esconde la mano con voluntad heroica de engañarle. No contesta cuando el otro pregunta: – Que que é isso?... – vuelve a empujarle – que que é isso? – grita. João levanta el puño y le da un golpe en la cara, manchada en parte con la fosforescencia liberada.

– Que foi isso! – Azorado el otro se toca el rostro.

- Foi uma estrela - responde furioso - Na certa que tiveram-nos pagado un monte de grana por uma dessas... e perdeu-se. - Y escapa llorisqueando.

Mateo toma aliento - João! - Lo suyo es casi un orden - Vamos eonseguir mais uma!

Inútil, no quiere oírle.

Los resplandores del árbol bailotean por las veredas portuguesas hasta la atenta mirada de Mateo. Primero le llevan a la arena, luego al hombre que parece llegado de antiguas leyendas.

- Vem perto de mim - dice el desconocido.

La brisa esparce el desagradable olor a suciedad mezclado con el dulzón fluctuante en las favelas.

Desde arriba, Marcos ve a lo lejos las calles iluminadas, los árboles de Navidad en las puertas de los hoteles, un poco más allá la sólida figura del Pão de Açúcar, el cable del bondinho en la profunda floresta.

Sabe, nada de eso le pertenece. A menudo siente que él no pertenece a ningún lugar, ni a las favelas donde nadie tiene en cuenta a los rapazes, viviendo en oscuros agujeros, bajo trozos de madera húmeda y chapas acanaladas con ratas que hacen lo suyo.

Tampoco pertenece a la playa donde no le permiten vender piedras de colores similares a las piedras preciosas.

Los rapazes son siempre acusados de lo que no hacen y de lo que hacen, incluso robar. Eso no le gusta, pero es dificultoso contenerse cuando hay hambre.

Nada terrenal pertenece a Marcos, si se descuida ni el cuerpo. ¡Es tan flaco y deshuesado!

Sin embargo esta noche siente algo distinto, como si las estrellas fingieran rozarle las manos. Hasta las más chiquitas, esos diminutos puntas de alfiler tan lejanos, están a su alcance.

Abre los brazos, se infla la exuberante camisa deshilachada envolviéndole, va a hacer un disparate...

Afortunadamente lo distrae una sombra. Es João ascendiendo los escalones entre la resistente maleza.

Marcos alarga el brazo y le ayuda a subir de un salto el último tramo.

João aun llorisquea, jadea, cuenta a gritos: - En la playa, un hombre, un hombre parece una estampa y tiene luz. Hizo un árbol de Navidad gigante, regala estrellas - Escurren a borbotones las palabras de su boca.

Rostros gastados, ropas mugrientas, creciente agitación va saliendo de las trémulas casuchas. La miseria de la ciudad curiosa quiere saber. Incapaz de determinar la línea divisoria entre la verdad y lo que no es verdad, el rapaz cuenta todo y algo más de su cosecha.

Primeros unos pocos, luego muchos, diríase como un río a través de las piedras, emprenden la bajada. La marcha se hace cerrada y caudalosa... ¡Pero, la sociedad tiene sus límites!...

Se forman dos grupos, el de los faveleiros, con el puterío de las calles por un lado. Y el otro, el que concurre para verlos a ellos que son el espectáculo, el de los ricos, el de los turistas que festejan en los hoteles al ritmo de animadas orquestas, que

cenan con manteles blancos y bebidas costosas y cuyas veladas son todas "cheias de surpresas e atrações", los que disfrazan el sentido auténtico de la Navidad.

Marcos, Lucas, João y Mateo se encuentran siempre, entre la gente, en las favelas, en la ciudad, en las playas. No se buscan, se encuentran.

Lucas tiene un cavaquinho, lo rescató de un basural y aprendió a sacarle sonidos a su modo. Del desafinado instrumento fluye una modinha antigua de origen portugués. Cesan el ruido y el ajeteo enternecidos por esos sonidos dulces y sentimentales, por momentos parecen remontar con la brisa, hundirse y reanimarse.

El hombre continúa allí, enfrentado al mar. Camina sobre las olas, fosforescentes burbujas flotan en torno de sus tobillos. Donde quiera que va las luces se mueven con él.

Sahuma el paisaje un suave aroma a flores, la fragancia llega a los corazones, aunque algunos están muertos e impedidos de aceptar la maravillosa alquimia.

El hombre vuelve a los rapazes, les toca los hombros con delicadeza. El silencio es más estruendoso que el mar.

- Vejam que posso fazer! - grita Lucas suspendido a medio metro del suelo moviendo brazos y piernas como si estuviera nadando. Mateo asciende con él, remonta vuelo.

El hombre les ha prestado alas, sus cuerpos gozan de la facultad de atravesar el espacio como pájaros.

Los otros dos rapazes toman las manos del desconocido cuando les dice: - Temos pouco tempo.

Y se elevan sobre la arena liberados de la fuerza de gravitación. Bulle la sorpresa, las miradas flagelan la belleza singular del alucinante hecho.

Los faveleiros mantenidos a un lado y los ricos al otro como si existiera una demarcación entre ambos grupos, tratan de seguir el rumbo de los que se alejan. Por allá, por donde se pierden las luces de la ciudad ya están enredados unos con otros porque nada es más real que lo difuso de la oscuridad.

En la bahía, una nube cubre O Corcovado.

Los faveleiros se preguntan si el Cristo estará allí, los incrédulos dirán que sí.

ENTRANHAS DAS PALAVRAS

JOSÉ DE ALMEIDA MONTEIRO

Acorda
e instala-se em mim
aquele fluir subterrâneo
a ida e a vinda
ao meu próprio silêncio
à visitaçào do meu canto,
à sua espessura calma
e ébria.

E jubilo
ao penetrar nas entranhas
das palavras
ao fazer-lhes o amor
de as poder levar
em mim,
mesmo no fluir
dum simples sonho,
ao riacho aceso
onde vou bebendo
as suas algas de silêncio
e onde ouço o sorriso
que me falta.
Quanto este amor
me encanta
de me embriagar nas palavras,
sem ais que as espantem
e apenas cedendo
à carícia
de as acolher
na longa e envolvente espera!

ALMA SATELITE

JOSÉ DE ALMEIDA MONTEIRO

É no país da distância,
na praia íntima do silêncio
que eu me vou subtraindo às imprecações vegetais,
à violência de estar próximo e cativo
de rostos amados.
É a terra do exílio o meu jardim amado,
a margem de repouso tão singela,
unida às minhas vértebras
e aos sonhos sedimentados.
Não é uma perfeição cósmica
o silenciar paisagens subterrâneas,
as da memória ou as da intimidade
com o fogo.
Não sei que perfeição tão activa
nos atrai no afastamento.
Será a aparição lúdica
ou o rasgo solitário,
desenhado no horizonte?

Sou uma alma-satélite
atravessada pela foz de continentes
ígnotos e desejados.
Expulsei de mim os primeiros amores
cativos do sangue e da argila.
Quanta terra farta de silêncio me espera!
Quanto o coração respira quieto e poderoso!

LA HORA DEL LAMENTO

OSVALDO ANTONIO RAMÍREZ

Pudo haber sucedido ayer, pero no, porque estoy vivo y, de haber ocurrido ayer, estuviera muerto.

Acostumbro ir todas las tardes al billar, siempre después de las cinco, que es la hora buena, cuando se apuesta fuerte. Durante años he ido. Hace rato que esa hora pasó; son las ocho y ya es otro día, pero estoy aquí desde las cinco, cuando iba para el billar.

Me bañé antes de salir y vestí pantalón de hilo y pulóver para estar fresco; en el billar fresco; en el billar se suda cuando son muchos los tragos y crece la euforia. Al hombre que me detuvo no le gustaron mi pantalón y mi pulóver. Lo hizo sólo por eso. Dijo que vestía como niño lindo y aquí los niños lindos se acabaron. No quiso oír que vivo decentemente con mi salario del banco. Este, antes corredor de apuestas y de profesión oportunista; que en tiempos convulsos pululan y campean por su respeto. Sobraron deseos de decirle que éso es. Pero está armado y mientras habla acaricia la culata de la pistola. ¿De dónde la habrá sacado? Me empuja hasta el centro del parque donde hay una enorme pila de maíz que no sé quién ha colocado. Alrededor de la montaña de mazorcas un grupo de hombres despaja, lo hacen con rencor, como desvestiendo a una mujer que odian. Está Tato, el barbero, que además dicen que es chulo. También está El Curro, que ée mecánico y apenas sale a la calle, pero yo sé porque está: le dió una bofetada al que me conduce a mi, lo golpeó porque no quiso pagarle una apuesta. Pero ahora es agente del orden y hay que obedecer. Me niego a caminar. No empuje, digo. Me empuja de nuevo. Entonces le pego en la cara y cae al suelo. Va a sacar la pistola y no le doy tiempo, lo pateo, le descargo patadas hasta verlo desfallecer.

Su cuerpo queda inmóvil, tal vez sin vida. Después la huida; una bala, seguramente, desgarrando mi espalda, no sé.

Eso debí hacer ayer antes de las cinco, no lo dice, y he pasado la noche aquí, despajando maíz, con los dedos a punto de reventar y regando con mis lágrimas los granos, pero en vano, aquí no nacen.